
Empatía y compasión en un barrio popular

¡Recuerdos memorables!

“Y nos preguntamos cómo suscitar y preparar a líderes con este perfil, realmente centrados en servir a las personas, en compartir de cerca los caminos de las personas”
(H. Óscar Martín)

H. Ricardo Reynozo
Profesor y líder comunitario en comunidades de inserción
Provincia de México Central



¡El mundo era pequeño para mí!, a mis 25 años con ilusión y ego crecidos fui nombrado para formar parte de la nueva comunidad de hermanos maristas con otros dos hermanos: el Hermano Pedro y otro hermano a fundar una escuela popular. Además de la edad y la ilusión, era la moda ser crítico de todo, con bases o sin ellas. La retórica de lucimiento, me hacían sentir poco menos que un héroe más del olimpo.

Hacía tres años que había terminado mi carrera de maestro de primaria y ya iba a media carrera de la normal superior. Comenzaba a dar clases en una escuela secundaria y a falta de maestros, nos repartimos todas las materias entre los tres, pues sólo teníamos dos grupos de primero de secundaria.

Con Pedro hablábamos de educación liberadora, del sistema opresor, de solidaridad y de la militarización de América Latina... Dejábamos sin palabras al otro hermano quien era el director y animador de comunidad, a quien considerábamos de una generación pasada y que se negaban al cambio social y eclesial.

Este hermano escuchaba pacientemente nuestras arrogantes discusiones.

La relación que teníamos con la parroquia a través de la cual se habían hecho las gestiones para la fundación de aquella escuela, nos llevó a acompañar velorios y sus respectivas novenas, bendición de casas, oración a los enfermos... Además, como nuestro carro era el único en la colonia, con frecuencia nos pedían sacar enfermos al hospital a cualquier hora de la noche o del día. Yo me apuntaba para todo eso en las noches.

Y el Hermano, a pesar de no compartir mi perspectiva, me dejaba ser...

Eso sí, a la mañana siguiente la salve matutina era rezada casi con “piloto automático”.

A veces reprendíamos la timidez de algunas acciones solidarias de este hermano ante la si-



tuación de nuestro barrio bravo, de calles lodosas y grandes charcos, donde el alcohol y la droga corrían en las fiestas y que -con frecuencia- terminaban con muertos o heridos.

Tiempo después el Hermano Pedro fue cambiado por el Hermano José, un hermano más joven que yo y que tenía inquietudes científicas: “la religión del momento”. Entonces el tono de nuestras conversaciones varió, así como de tema, pero no de jactancia.

Por entonces, el otro Hermano rondaba los 50’s, padecía de diabetes y tomaba un prudente lugar en todas las actividades. Él conocía sus límites o... tal vez veía conveniente que experimentáramos... que “nos machucáramos los dedos solitos”.

Siempre nos preguntaba cómo había ido la clase o si habíamos llevado a algún enfermo durante la noche al hospital. Siempre escuchaba sonriente. De vez en cuando hacía alguna observación que, la verdad, no les sentaba bien a nuestras “heroicas grandezas”, pero la hacía de tal manera, que era imposible refutarlas, rechazarlas o ignorarlas. No quedaba otro remedio que rumiarla, pues siempre tenía razón.

Era un hombre sabio.

Este Hermano era un psicólogo innato, pero fue de la generación de aquellos a los que no les permitieron hacer estudios por más que los solicitó, era hábil en las relaciones humanas.

Era empático con quien fuera, y sobre todo su trato era respetuoso y cargado de afecto.

José y yo fuimos bajando poco a poco del Olimpo y fuimos poniendo los pies en la tierra de los mortales.

Este Hermano, sin recordar nuestras insolencias, estaba siempre abierto cuando le pedíamos un consejo. En varias ocasiones, cuando nuestros recursos pedagógicos se agotaban para “someter a nuestra voluntad a los indómitos adolescentes”, con paciencia y siempre con una sonrisa en la

boca nos hacía comprender el comportamiento adolescente y la forma de encauzarlo para que fueran ellos mismos, no para someterlos.

A José y a mí nos gustaban aquellas tardes lluviosas y oscuras que nos proveían de largos momentos de sobremesa. Después de la cena, el ambiente adormecía nuestro ego y nos disponíamos a escuchar. Entonces este Hermano también compartía su sentir, su historia, sus ilusiones truncadas y sus profundas aspiraciones.

No cabía duda, ¡ERA UN HOMBRE DE DIOS! ¡No temía reconocer sus límites! ¡Se conocía bien! al menos a mí, me dejaba pensando, comparando, viendo que se podía vivir feliz en este mundo a pesar de los límites que yo deseaba no tener.

Después de todo comenzamos a aceptar que aquel “hermano mayor” no era tan anticuado como suponíamos y que teníamos en común algunas ideas y -aunque no acabábamos de coincidir con su enfoque social- los tres compartíamos el gusto por estar en aquel barrio pobre y nos hacía sentir que Champagnat vivía en nuestras venas.

Evidentemente, el cansancio se acumulaba. “Arrastrando la cobija” llegaban los periodos de suspensión de clases en navidad o semana Santa. En esos tiempos de descanso salíamos del barrio y tomábamos respiros visitando otras comunidades. Este Hermano se esmeraba en hacernos descansar y dormir tiempos extra.

Al reemprender el período escolar, el Hermano pedía los planes de clase, las calificaciones a tiempo, la puntualidad... con la delicadeza que lo caracterizaba, pero sin perder la firmeza que requería el caso.

Él se reconocía con un físico poco estético, aunque siempre sonriente. Comentaba mofándose de sí mismo, “soy buen taco, pero estoy mal envuelto”.

Nunca le faltaban alumnos en la dirección, sólo para platicar. Sabía hacer que las experiencias de alumnas y alumnos fueran expresadas. Daba consuelo y alivio cuando éstas eran dolorosas, incluso a los dos hermanos jóvenes de la comunidad nos hizo abrir el corazón y atender las heridas que ahí encontramos. Él sabía cuándo poner la mano en el hombro o invocar a María, cuando nos engañábamos negando el enamoramiento, cómo encauzar la furia, cuándo afrontar la frustración o poner en manos de Dios la impotencia frente a los propios límites. Me ayudó a crecer y a vivir feliz.

Querido Hermano, recibe mi agradecimiento por las veces que no te lo hice llegar a tiempo.



Las opiniones expresadas en este documento son las del autor y no reflejan necesariamente los puntos de vista del Instituto Marista.

Si quieres compartir con la Comisión tus ideas, reflexiones o experiencias sobre el liderazgo de servicio y profético a raíz de estas reflexiones, escribe a fms.cimm@fms.it